

emperatriz un prestigio mayor que el mismo trono. Su marido se había guardado de turbar su alegría dejándole que adivinara las ideas belicosas que bullían en su cabeza. Al hablar con ella tenía gran cuidado en no tratar de lo que pudiera afligirla ó alarmarla. Si le hablaba de su expedición á las Romanías en 1832, le decía que jamás se había afiliado á la secta de los carbonarios y que en un último resultado sus ideas habían sido semejantes á las que el mismo Pío IX debía profesar más adelante al principio de su pontificado. Repetía que no se debe confundir á los liberales con los revolucionarios, y que su política, inspirada en principios generosos y civilizadores, sería siempre una política de orden y de progreso.

Antes de lanzar á Francia en las aventuras y peligros de una nueva guerra, Napoleón III quería dejarla saborear tranquilamente las dulzuras de la paz; por lo tanto la consigna consistía en prescindir de todo pronóstico desagradable y dar al comercio y á la industria la seguridad que necesitan. El año 1856 fué el más hermoso del segundo imperio. Año feliz en que la política extranjera estaba tan sosegada como la política interior; en que las miradas de Europa, en lugar de fijarse como en 1855 en los horrores de una guerra sangrienta y terrible, se posaban en la cuna de un niño, y en que el águila sostenía en sus garras, no el rayo, sino un verde ramo de oliva. Es el período que podría llamarse de los hermosos días de la emperatriz Eugenia.

LII

EL CONDE WALEWSKI

En 1856, la diplomacia francesa era tan brillante y estaba tan á la moda como su ejército y su marina. Se profesaba gran admiración á los heroicos combatientes de Sebastopol, así como agradecimiento á los diplomáticos que preparaban una paz honrosa. El ministerio de Negocios extranjeros, donde se celebraban las sesiones del congreso, atraía la atención general. Situado en el muelle de Orsay, á orillas del Sena, junto al Cuerpo legislativo, ese edificio que tiene las proporciones de un palacio y cuya primera piedra había puesto M. Guizot, había reemplazado al del bulevar de los Capuchinos, al pie de cuyas ventanas se dispararon el 23 de febrero de 1848 las descargas que produjeron la revolución del día siguiente. Acababa de inaugurarse el nuevo ministerio; las oficinas, situadas en el cuerpo de edificio contiguo, no tienen nada de particular, pero los salones de recepción y los del ministro son soberbios y están muy bien distribuidos.

En el referido año, el jefe de la diplomacia francesa era el conde de Walewski, caballero de origen polaco y naturalizado en Francia y que había servido noblemente á sus dos patrias. Alejandro Colonna, conde Walewski, pertenecía á una familia muy antigua, emparentada con los Colonna que dieron á la Iglesia un papa y cardenales, y á la Italia generales y diplomáticos. Nacido el 4 de mayo de 1810 en el castillo de Walewice, era su madre la mujer, célebre por su belleza y su patriotismo, de la que se apasionó Napoleón I, y él pasaba por ser hijo del emperador. Cuando la abdicación la condesa Walewska fué á Fontainebleau á atestiguar su abnegación al monarca desgraciado, y cuando el emperador de los franceses no fué ya más que soberano de la isla de Elba, se supo en ella la llegada misteriosa de una señora y un niño que habían acudido allí para consolarle. Creyóse que eran la emperatriz María Luisa y el rey de Roma, pero en realidad eran la condesa Walewska y su hijo.

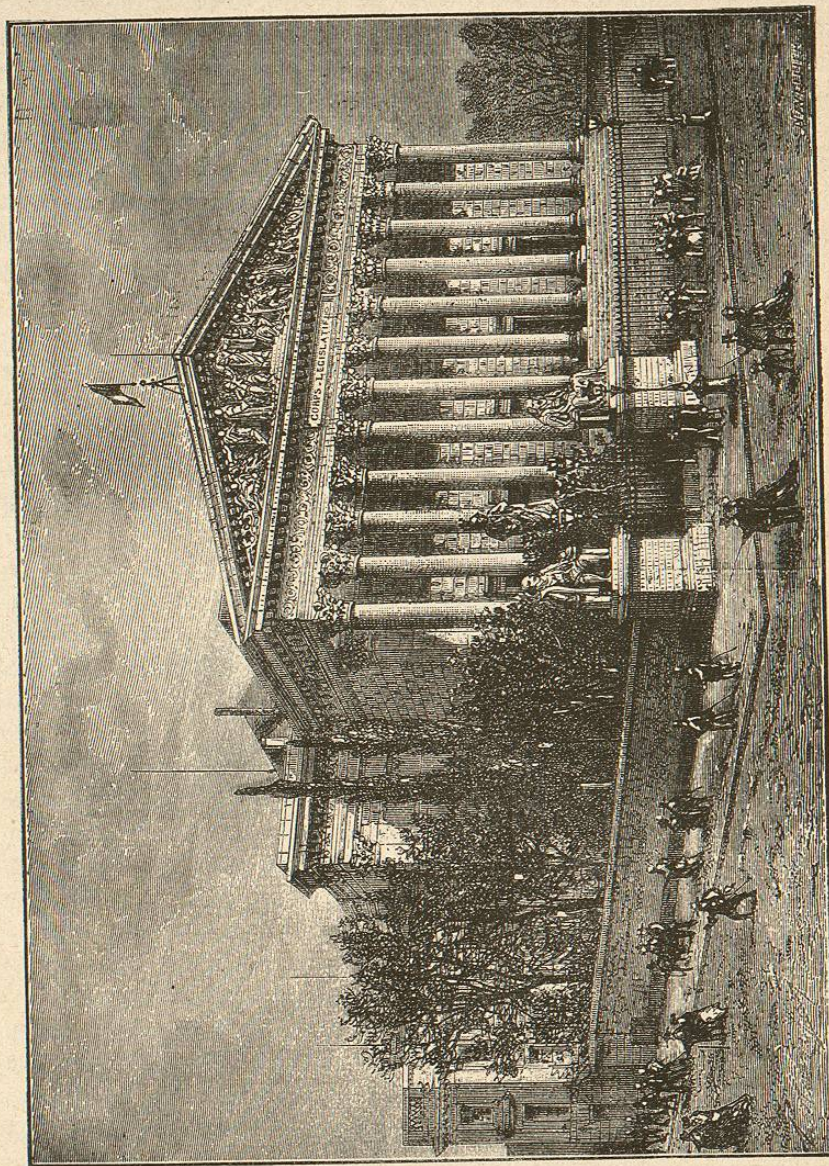
Niño todavía cuando falleció su madre, el joven conde Walewski terminó sus estudios en Ginebra, y en seguida pasó á Francia, donde hizo su entrada en el gran mundo durante el invierno de 1829-1830. Era uno de los hombres más hermosos de su tiempo. Su arrogante presencia, su cabeza que parecía un busto de medalla romana, sus finos modales, su buen tono y su origen le pusieron muy pronto de moda. El conde de Haussonville, individuo de la Academia Francesa

y padre del actual académico, ha contado en sus *Recuerdos* que, cosa singular y signo de aquellos tiempos, los comienzos del joven gran señor en los salones legitimistas tuvieron lugar bajo los auspicios de lo más exclusivo y puro de la sociedad aristocrática de París. «No parecía sino que las damas más distinguidas del barrio de San Germán obedecían á una consigna para dispensar la más benévola acogida al joven cuyas facciones recordaban de un modo sorprendente, pero con una fisonomía dulce y agradable, las del célebre máscara; y sin embargo, ante aquella solicitud femenil por complacerle, Walewski se presentaba excesivamente modesto, lo que no carecía de mérito.»

Después de la revolución de 1830, el hombre á la moda no vaciló en prescindir de sus triunfos en la sociedad elevada para buscar otros más serios, y se apresuró á ir á defender á su patria. Abrazó con ardor la causa de la independencia polaca, peleó en la batalla de Grochow, y fué enviado á Londres en compañía del conde Zamoyski y del marqués Willopolski para solicitar la intervención de Inglaterra. Cuando Polonia sucumbió regresó á Francia, y gracias á la benevolencia de los príncipes de Orleans, que le trataban como á un amigo, obtuvo el 10 de agosto de 1833 el empleo de capitán en la legión extranjera. Naturalizado en Francia el 3 de diciembre del mismo año, se portó como brillante oficial en el 2.º de cazadores de Africa y luego en el 4.º de húsares. Después de cumplir una misión confidencial cerca de Abd-el-Kader y de desempeñar el cargo de director de los asuntos árabes en Orán, dejó el servicio militar en 1838 y volvió á París, donde poco satisfecho de sus triunfos como hombre de mundo, se le vió aspirar á los de publicista y autor dramático, dando á luz, entre otros folletos, los titulados *Una palabra sobre la cuestión de Africa* y *La alianza inglesa*. Fundador y redactor del periódico *El Mensajero*, apoyó la política de M. Thiers, de quien no dejó de ser amigo desde entonces. Al mismo tiempo se dedicaba á escribir para el teatro, y se dice que colaboró en una de las mejores obras de Alejandro Dumas padre, *Mademoiselle de Belle-Isle*. El 8 de enero de 1840 se representó en el Teatro Francés una comedia en cinco actos de que era único autor, titulada *La escuela del mundo ó La coqueta sin saberlo*, y que, aunque perfectamente desempeñada por Menjaud, Mirecourt, Geffroy y Mme. Plessy, no tuvo buen éxito.

Renunciando para siempre á los aplausos como autor dramático, el conde Walewski abrazó la carrera de la diplomacia, entrando en la vía que debía conducirle á los más elevados puestos. Su protector M. Thiers, presidente del Consejo de ministros desde 1.º de marzo de 1840, le compró la propiedad de *El Mensajero* y le confió una misión importante para Mehemet-Alí, virrey de Egipto.

El conde Walewski era entonces sinceramente partidario decidido de la monarquía de Julio, y nadie tenía por imperialista á aquel hombre á quien todos creían hijo del emperador. Con el ministerio de M. Guizot continuó la carrera que había empezado con el de M. Thiers, y dirigía la legación de Francia en Buenos Aires en el momento en que estalló la revolución de 1848.



Cuerpo legislativo, fachada que da sobre el río Sena, construida en 1804-1807

Después de la elección del 10 de diciembre, se adhirió al Príncipe presidente, que le nombró ministro de Francia en Florencia en 1849 y en Nápoles en 1852. El gran duque de Toscana y el rey de las Dos Sicilias le dispensaron la más lisonjera acogida. Amigo de estos dos soberanos, deseó siempre la conservación de sus dinastías, y si Napoleón III hubiera escuchado sus consejos, no habría habido unidad italiana. Habíase casado con una linda italiana, la señorita Ricci, sobrina del príncipe José Poniatowski, ministro de Toscana en París y luego senador francés. El conde Walewski, nombrado embajador en Londres en 1854, y la preciosa embajadora, fueron grandemente agasajados en la capital inglesa. Era el momento culminante de la alianza con la Gran Bretaña. Cuando la condesa Walewska salió de Londres, las damas de la alta aristocracia abrieron una suscripción para regalarle un brazalete como recuerdo.

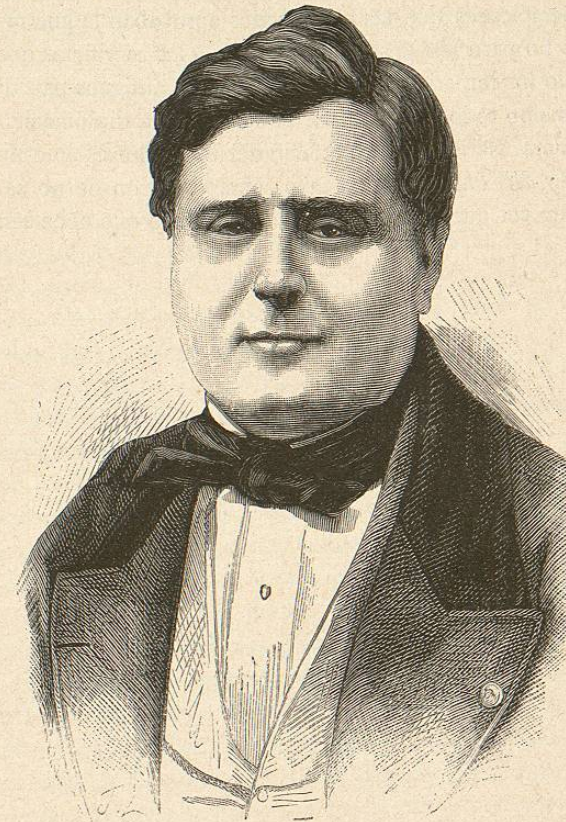
El emperador estaba satisfecho de la reserva y el tacto que mostraba el conde Walewski en toda circunstancia. Jamás se le oyó hacer alusión á las relaciones de su madre con Napoleón I, y habiéndole dicho alguien cierto día: «Vos, que sois hijo de tan grande hombre, replicó: — No sabía que mi padre fuese un hombre de elevada estatura.» Se ha supuesto que el conde de Morny quería hacerse pasar por hermano de Napoleón III; el conde Walewski jamás adoptó la actitud de un primo hermano respecto del mismo emperador.

M. Drouyn de Lhuys presentó su dimisión el 7 de mayo de 1855, y fué reemplazado como ministro de Negocios extranjeros por el conde Walewski, embajador de Francia en Londres. Diplomático experto, concienzudo, laborioso y muy aplicado á su cometido, espíritu más sólido que brillante, y ocultando bajo un exterior algo altanero una tímidez natural y una bondad inalterable, tranquilo, mesurado, dotado de tacto y buen sentido, hombre honrado en toda la extensión de la palabra, teniendo un carácter noble y sentimientos generosos, el conde Walewski fué un buen ministro. «En el poder y fuera de él, ha dicho M. Pinard, jamás buscó su medro personal ni los negocios que lo proporcionan; le parecían incompatibles el papel de financiero y el de hombre de Estado. Admirando á esos corsos que vieron dos veces á un Napoleón en el trono y que jamás aumentaron su patrimonio en tiempo de los dos Césares, quiso imitarlos. Gastó sin reserva los cuantiosos emolumentos de los cargos que desempeñó, y supo morir pobre. Este será uno de sus títulos para el aprecio de todos.»

Jamás olvidaré que debo á la benevolencia del conde Walewski mi entrada en la carrera diplomática. El 1.º de septiembre de 1855 me nombró agregado á la dirección política del ministerio de Negocios extranjeros. Recuerdo el prestigio que á la sazón rodeaba á los ministros de Napoleón III y la impresión que producían en sus subordinados. Entonces redactaba yo las actas de la comisión de lo contencioso, presidida por el conde Portalis. Como los individuos de esta comisión hubiesen terminado la preparación de una sentencia arbitral que debía firmar el emperador, con gran sorpresa mía se me introdujo con ellos en el despacho del ministro. Aún me acuerdo de la emoción que sentí al transponer por

primera vez el umbral de aquella habitación que me parecía una especie de santuario diplomático; recuerdo cuánto placer, cuánta gratitud me inspiró una palabra de estímulo que el ministro me dispensó el honor de dirigirme.

El ministerio de Negocios extranjeros tenía en aquella época tanta boga entre el gran mundo como entre los políticos. No podía darse nada más brillante



El conde Walewski

que los banquetes y los bailes que en él se celebraban. La condesa Walewska recibía todos los miércoles por la noche. Los plenipotenciarios del congreso y lo más escogido de la sociedad parisiense asistían á todas sus veladas. No había salón más elegante que el suyo, pudiendo decirse que en toda Europa no se conocía ministerio de Negocios extranjeros tan fastuoso y tan á la moda como el de Francia.

Aquella fué la mejor época de la carrera del conde Walewski, quien presidía el congreso de París con mucha autoridad y dignidad. Su calma imperturbable, su urbanidad exquisita, su perfecta cortesía, su profundo conocimiento de

los detalles técnicos de todos los asuntos, eran celebrados por todos sus colegas, que apreciaban también su espíritu conciliador, su imparcialidad, su arte de precisar los puntos en litigio y de resumir claramente los debates. La política extranjera de la Francia imperial que, andando el tiempo, debía ser objeto de tantas críticas, á menudo fundadas, no tenía á la sazón, por decirlo así, ningún contradictor en el público ni en la prensa. A excepción de algunas personas más previsoras y perspicaces que las otras, todos aprobaban la guerra de Crimea, y sus resultados no parecían desproporcionados á los sacrificios que había costado. No tan sólo los imperialistas, sino también los antiguos partidos, consideraban con optimismo todo lo hecho por el ejército y la diplomacia. Era la época en que M. Thiers escribía en el prefacio del tomo duodécimo de su *Historia del Consulado y del Imperio*: «La mayor compensación de no ser nada en su país, consiste en ver que este país es en el mundo lo que debe ser.»

LIII

EL TRATADO DE PARÍS

Cuando en 18 de marzo de 1856 el congreso de París reanudó sus sesiones interrumpidas hacía cuatro días, habíase aumentado con dos individuos: los plenipotenciarios prusianos. Prusia no había sido beligerante ni aliada de Rusia ó de las potencias occidentales; parecía, pues, que no debía figurar en el congreso. Tal era el parecer de Inglaterra. El príncipe Alberto había escrito al rey de los belgas: «Las grandes potencias no pueden tomar parte en el gran juego de la política si no han dejado su puesta sobre el tapete.» Pero Napoleón III acabó por hacer prevalecer una opinión contraria. So pretexto de que la corte de Berlín había concurrido en 1841 al convenio relativo á la clausura de los Dardanelos, consiguió no tan sólo que Prusia figurara en el acta confirmatoria del convenio de los estrechos, sino que firmara el tratado general de paz. Los dos plenipotenciarios, el barón de Manteuffel, primer ministro del rey Federico Guillermo IV, y el conde de Hatzfeldt, ministro de Prusia en París y yerno del mariscal de Castellane, aunque introducidos á última hora en el congreso, fueron tratados bajo el mismo pie que los representantes de las demás potencias.

El domingo 30 de marzo, los plenipotenciarios, vestidos de uniforme, se reunieron en el ministerio de Negocios extranjeros para proceder á la firma del tratado. A la una de la tarde se firmó la paz. Inmediatamente después de la sesión pasaron á las Tullerías, donde fueron recibidos por el emperador. A las dos, una salva de ciento un cañonazos, disparada en los Inválidos, anunció á la población de París que se había firmado la paz. Por la noche se dió en el ministerio de Negocios extranjeros un banquete de sesenta cubiertos para celebrar el gran acontecimiento. El conde Walewski brindó por la duración de la paz. «Será duradera, dijo, porque es hermosa para todos.»

El martes 1.º de abril, Napoleón III pasó en el Campo de Marte una revista en honor de la paz. Precedido por sus caballerizos, sus ayudantes de campo y sus oficiales de órdenes y seguido por un numeroso estado mayor, en el cual iban el príncipe Napoleón, el príncipe de Reuss, el general conde Orloff y los oficiales rusos agregados á su misión; el marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña; el general Narváez; el barón de Sebach, ministro de Sajonia; e mariscal Vaillant, el general Prim y el mariscal Canrobert, atravesó el jardín de las Tullerías, la plaza de la Concordia y siguió el curso de la Reina y los muelles.